



Intervencion de S.A.R. la princesa Esmeralda de Bélgica en la cátedra Francois Houtart del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN) sobre Amazonía (2015 – 2016).

Señoras y Señores, amigos de la Naturaleza.

Me siento muy feliz y honerada por haber sido invitada a participar en esta sesión de la Cátedra François Houtart, sobre la Amazonía, para hablar acerca de la visión y legado de mi padre el Rey Leopoldo Tercero de Bélgica, en el campo de la conservación del medio ambiente y la naturaleza.

Mi padre fue siempre un amante apasionado de la Naturaleza y de las Ciencias. Desde niño, deseaba llegar a ser un botánico o un etnólogo y leyó con avidez las obras de Humboldt y Julio Verne. Soñaba con conocer nuevos territorios, en especial las selvas de América Latina. Durante su primera visita al Brasil, en mil novecientos veinte, a la edad de diecinueve años, visitó el Instituto Boutantan ya famoso por sus vacunas contra el veneno de serpientes y también en Guatapara tuvo la oportunidad de adentrarse por primera vez en la selva Amazónica.

En mil novecientos veinte cinco y mil novecientos treinta tres, durante su estancia de varios meses en el Congo y África Central, mi padre recorrió muchas veces varios lugares a pie y acompañado por guías congolese de quienes aprendió el Lingala, uno de los idiomas locales. También visitó el sureste asiático. Después de su segundo viaje al Congo mi padre se dirigió a la Sociedad Real Africana en Londres, en noviembre del mil novecientos treinta tres, donde pronunció su discurso pionero, llamando la atención acerca de la Conservación de la naturaleza:

El dijo, *“Si hay un tema que trasciende en su totalidad los horizontes humanos es, sin duda, la preservación de esas posesiones eternas de las que somos guardianes temporales y responsables con las futuras generaciones. ¿Tenemos derecho a alterar arbitrariamente el estado natural de las cosas sin tener en cuenta los resultados previsibles a partir de nuestro actual conocimiento del universo?”*

Dijo además, *“Si vemos las descripciones clásicas de aquellas orillas verdes y fértiles del Mediterráneo y las comparamos con las presentes condiciones, nos preguntamos si la aridez en que devino de aquella abundancia de árboles y plantas no se debe a la voluntad intencionada y miope del hombre...”*

...La desaparición de una civilización es realmente una gran pérdida, pero el hombre lleva en sí mismo el germen de su renacimiento, por lo que tiene la fuerza de sustituir una cultura extinta por una nueva. La aniquilación, por otra parte de un elemento creado, es una pérdida irreparable para el hombre que no puede re-crear. Podríamos perdonar las faltas cometidas en el pasado por nuestros ancestros teniendo en cuenta su ignorancia, así como las consecuencias de sus actos. Pero nuestros sucesores no nos excusarán”...

Agregó a continuación. *“Solo el Estado puede y debe asumir la responsabilidad de una organización protectora que comande el interés de toda la humanidad en su desarrollo moral, social, económico y cultural, por tanto el aspecto político de la cuestión se hace evidente.*

Pero además de nuestros esfuerzos por llevar a cabo estos objetivos fundamentales, también deseamos asumir la exploración metodológica y científica de nuestro incomparable dominio. Este es nuestro segundo deber: crear las bases que contribuyan activamente al avance del conocimiento”.

El Rey Leopoldo nunca abandonó su interés por la Naturaleza y tan pronto abdicó al trono en favor de su hijo, se involucró en exploraciones alrededor del mundo, haciendo realidad los sueños de su juventud. En los años cincuenta y sesenta viajó extensivamente la América Latina pasando varios meses en el corazón de la Amazonía. Junto a científicos, estudió la fauna y la flora de la región, coleccionando especies, alguna de ellas aún no descritas en la literatura¹. Recientemente un investigador belga encontró que existen más de ciento cuarenta epónimos, en honor a mi padre, en especies de insectos, peces, moluscos, reptiles, etc. que hoy llevan su nombre. Leopoldo Tercero no fue un científico, pero su curiosidad y pasión fueron inmensas, y si adoptáramos la observación de Claude Levy Strauss de que *“El científico no es el hombre que encuentra respuestas correctas, sino el que hace las*

¹ Quizás o parcialmente para la cultura occidental pues la población indígena era consciente de su existencia

preguntas correctas”,..... entonces, mi padre fue siempre alguien que trató de entender y comprender.

En la década de los setentas, el Rey Leopoldo decidió crear la fundación que lleva su nombre con el doble objetivo de estudiar y proteger la Naturaleza. Había recibido muchas sugerencias y había oído de jóvenes investigadores su deseo de explorar. El Rey Leopoldo quiso apoyarlos en su objetivo de entender la biodiversidad, y ayudarlos a que hicieran estudios en el terreno y publicaran sus resultados. Convencido de la importancia de la Ciencias y el conocimiento, el Rey Leopoldo supo también cuanto podía ganar la humanidad a partir del estudio de la naturaleza, entre muchos otros, cuantos beneficios para la salud. Por ejemplo, en la producción de medicamentos derivados de productos naturales, o como a partir del estudio de las bacterias del suelo y su interacción con los alimentos, podríamos entender mejor el organismo humano.

Cuarenta años después de su creación, la Fundación Rey Leopoldo aún persigue los objetivos de su fundador. Nosotros apoyamos misiones científicas alrededor del mundo. El año pasado, por ejemplo, ayudamos al financiamiento de dieciséis proyectos tan diversos como las consecuencias de la deforestación de manglares en Tanzania; la biología y ecología de los corales negros de Madagascar; la eco-etnografía del mono nasique de Borneo; o el proyecto de conservación y protección de ecosistemas basado en la visión del pueblo Sarayaku en Ecuador. Hemos publicado más de mil cuatrocientos artículos científicos. También hemos apoyado programas de conservación y fomento de parques naturales.

Y hay otra faceta que fue muy importante en la decisión de mi padre de establecer la fundación, la de alertar acerca del destino de las comunidades indígenas.

Durante los largos meses de su travesía, el Rey Leopoldo compartió su vida con comunidades indígenas locales, durmió en sus hamacas y fue con ellos a cazar y pescar. Así, se unió a ellos con un sentimiento de profundo respeto y afecto. El escribió: *“Esta experiencia es acercarse a la verdad fundamental escondida en nuestra naturaleza y nos da un profundo sentido de hermandad con todos los hombres, independiente de su origen, sus creencia o su civilización”*.

Leopoldo Tercero descubrió a través de los hermanos Vilas Boas, en el parque Xingu, en Brasil, como los pueblos indígenas tienen una íntima y equilibrada relación con la Naturaleza. Ellos saben como protegerla y manejarla en forma práctica y sostenible. El vio el mismo patrón en África, en el Congo donde los pymeas eran los mejores guardianes de la segunda selva más grande del mundo. Acerca de ellos el escribió:

“[ellos] mantienen, sin cambiar, las regiones en las que han vivido por cientos de años, y el futuro les concierne profundamente”.

Quisiera compartir con ustedes uno de los tributos más emotivos en honor a mi padre que tuvo lugar en el pueblo de Utawana en el Parque Xingu en el dos mil doce. Más de dos mil nativos de la región asistieron al llamado del pueblo Mehinako para recordar a mi padre y a sus ancestros en su tradicional ceremonia Kuarup. Solo seis hombres de raza blanca, todos brasileños, han recibido este homenaje por parte de los pueblos indígenas de la región.

Hoy, a pesar de que Naciones Unidas ha reconocido la injusticia histórica sufrida por los pueblos indígenas en todo el mundo, y de haber declarado que sus derechos deben ser respetados, la gran mayoría de esos pueblos, de alrededor de trescientos millones habitantes, no son aún dueños de las tierras donde viven. La codicia por estas tierras ha llevado a los madereros, a los cazadores furtivos y a las grandes corporaciones en busca de petróleo y minerales a arruinar a los pueblos indígenas a quienes no consultan mientras usurpan sus riquezas. Motivados por las ganancias, intimidan, amenazan y desplazan a estos pobladores, mientras los proyectos que llevan a cabo contaminan ríos y destruyen los ecosistemas. Los estudios han demostrado más de una vez que cuando los indígenas son los dueños de las tierras hay menos deforestación lo que a su vez tiene un impacto positivo en el cambio climático.

En los últimos años el cambio climático se ha convertido en la mayor amenaza para nuestra sobrevivencia. El impacto es evidente en todo el mundo. La Amazonía que abarca una superficie de siete millones de kilómetros cuadrados a lo largo de ocho países, no es solo un santuario de biodiversidad, sino que con razón también se le llama “los pulmones de nuestro planeta” porque absorbe alrededor del diez por ciento de las emisiones globales de dióxido de carbono. Se cree que los árboles de la Amazonía capturan cerca de setenta mil millones de toneladas de carbón...Y es que los bosques son esenciales en la lucha contra el cambio climático. A pesar de eso, los bosques están en peligro de extinción a causa de la tala de árboles, la minería y la agricultura de desmonte destinada al desmedido cultivo de la soya o a la cría de ganado. La construcción de presas hidroeléctricas gigantes constituye también serias amenazas y por lo tanto es tema de gran preocupación. Aun cuando estas sean consideradas fuentes de energía limpia, el impacto al medio ambiente y a la sociedad es devastador. Como resultado, enormes áreas sufren inundaciones que generan desde el desplazamiento de comunidades hasta la pérdida del hábitat de numerosas especies. Y una vez más, los beneficios provenientes de la construcción de dichas presas es para las corporaciones multinacionales o para organismos financieros e instituciones gubernamentales, mientras las consecuencias negativas recaen sobre los pueblos indígenas.

Por estas razones la Amazonía es hoy la segunda zona más vulnerable del mundo, después del Ártico, cuyos habitantes, paradójicamente, con la menor huella de carbono del mundo, se ven expuestos a devastadoras amenazas.

Tampoco podemos ignorar la violencia y el abuso contra activistas que luchan por proteger el medio ambiente, por defender sus tierras y se enfrentan a las corporaciones. El año pasado fue el año más sangriento de todos, ya que ciento ochenta y cinco activistas fueron asesinados, de los cuales el cuarenta por ciento fueron indígenas. Encabezando la lista de países donde semejante atrocidad tiene lugar está Brasil seguido por Filipinas y Colombia. Honduras por otra parte, un país de tan solo ocho millones de habitantes, tiene el dudoso privilegio de tener el mayor número de activistas asesinados. Todavía está fresco en nuestras memorias el brutal asesinato de Berta Cáceres, quien ganara el premio Goldman poco antes de su muerte y quien fuera también una opositora de la construcción de la presa en Río Gualcarque.

Recordemos que el crimen contra el medio ambiente es, junto al tráfico de drogas y armas, una de las actividades de mayor lucro. En un informe de las Naciones Unidas consta por ejemplo, que la tala ilegal de árboles representa pérdidas de quince mil millones de dólares de ingresos e impuestos para los países en desarrollo, además de provocar la destrucción de la biodiversidad y contribuir a los cambios climáticos que afectan a las comunidades dependientes de la selva.

Yo pienso, como mi padre, que nuestro deber moral es preservar el medio ambiente. Sabemos que el hombre es responsable del cambio climático. Es el momento de actuar y como ciudadanos debemos levantar nuestras voces y presionar a nuestros gobiernos para que asuman acciones necesarias. Pero en esta lucha por salvar nuestra biodiversidad debemos incluir a los pueblos indígenas, quienes por cientos de años han vivido en armonía con su medio ambiente y quienes son los más perjudicados. Sin ellos y sin la contribución de millones de ciudadanos conscientes no podremos ganar esta gran batalla.

Quito, 7 de julio de 2016